

LA NUBE Y LA FLOR.



La llanura está árida, el sol quema y el cielo se halla limpio de nubes. Una sola, orgullosa con los reflejos de oro y plata que le presta Febo, vaga perezosa en los aires como una vela perdida en el horizonte azul del Océano.

Pálida y casi marchita una tierna flor, muriéndose de sed, levanta su cabeza al cielo y dirige á la nube la siguiente súplica:

«Hermosa nube, deja caer un poco de agua en mi abrasada corola. De esa agua que conservas con tanto cuidado y de la que Dios me ha reservado algunas gotas; arrójalas sobre mí!

Hermosa nube, un poco de agua, por favor, que sin tu ayuda moriré y sabes que perecerá también mi familia».

Pero la nube, despreciando las lamentaciones de la pobre flor, pasó de largo sin hacerla caso, y rehusándole hasta la momentánea sombra que pudo prestarla.

En mucho tiempo no volvió á aparecer nube alguna y la tierna flor murió agostada.

Así en la vida el pobre que tropieza con un avaro, no encuentra socorro; ¡mas es tan fácil que se truequen los papeles!

ALFREDO DE LAFFITTE,

